

**H**A venido a mi casa, que está en el Monte de los Almendros, de Salobreña, pueblo costero de Granada, un joven periodista que, según me dijo, está haciendo méritos para poderse colocar en algún diario. Lo he recibido con gran simpatía. Me ha preguntado «algo» sobre mí y mi vida literaria. Le he dicho lo que he podido, pero, al final, el joven periodista parece ser que lo único que le interesa no era ni mi vida ni mi obra, sino lo que los árabes del petróleo que viven en palacios de las costas andaluzas pudieran hacer o decir en este Monte de los Almendros. El periodista se creía que el Monte estaba casi maldito, porque habían vivido en él y seguían viviendo, no sólo ya personas riquísimas de los países industrializados dependientes de los alrededores del Golfo Pérsico, sino personas miserables y ladronas que habían puesto aquí sus cuarteles generales para tráfico ilícitos.

Es verdad que por estos lugares hay grandes mansiones árabes e incluso palacios como uno que mandó construir un ex presidente de Camerún en su tiempo de desengaño y derrota. También es verdad que ha vivido alguna falsa princesa árabe que era y es alemana, casada con no sé quién; pero lo terrible de todo esto es que —no cabe duda— los países árabes, mejor dicho, ciertos jerarcas enriquecidos de los países árabes están empleando un dinero especulativo y fácil en apoderarse de Andalucía y de casi toda España. En fin, los grandes especuladores del sudor y la sangre humanas parecen querer convertir a nuestro país en su refugio dorado.

El periodista que escribió el reportaje lo titula «El reposo del guerrero», donde duda de muchos, pero me salva a mí —¡menos mal!—, ya que dice que yo «aquí, en el Monte, escribo mejor», y que «esta soledad, este aislamiento, me relaja y me llena de energía para trabajar». Tal vez, a otros, les llene de energía para especular o algo peor. Yo ni lo sé.

No sabía el periodista que yo había escrito una obra dramática, titulada «La familia del general Borja» (año 1983), y hoy estoy esperando su posible estreno en un teatro de Madrid; obra donde se refleja parte de este ambiente que estamos escribiendo; por eso, la obra es una crónica de la España actual. Recuerdo ahora unas frases de unas fregantinas que salen en la obra y que están desesperadamente fregando y arrancando carteles electorales, que llenan la fachada de la vieja casa del general. Carteles donde vemos caras sonrientes y, al parecer, triunfantes. Las fregantinas dicen así:

Fregantina 1.ª: Dineros es lo que nos hace falta.

Fregantina 2.ª: Pues vete a trabajar con la princesa mora, esa que dicen que ha venido de la Arabia Saudí y ha comprado el palacio de lo alto del Monte.

Fregantina 1.ª: (Hecha una furia.) ¿Ésa? Ésa es una ladrona. Ni es princesa ni es

## KUWAIT Y LOS SUYOS

Por José MARTÍN RECUERDA

nada. Lleva dos años sin pagar a las cuarenta mujeres del pueblo que la sirven, ¿o es que te haces la tonta?

Fregantina 2.ª: ¿La tonta? Sabe Dios dónde ésa mete los dineros.

Fregantina 1.ª: (Haciendo un gesto de manos.) Así nos están comiendo los moros. La Adolfinia dice que estuvo en Marbella y que no hay más que palacios moros por todas partes. Los moros nos comen y, mientras, los de los carteles diciendo que están arreglando a España.

Y más adelante, cuando los hijos del general Borja, universitarios en paro, desprecian al general porque quiere éste ayudar a las vidas de sus hijos, vendiendo su vieja mansión y sus plantaciones de caña de azúcar a la hoy famosa falsa princesa mora, la hija de general dirá:

La hija: ¿Responder, a qué? Sabemos cómo el abuelo se hizo de estas plantaciones. Sabemos de los negocios de esa princesa árabe. Más dinero de manos infames, nunca.

Esto sí que me parece una gran voz española. Voz de una juventud que sabe muy bien por dónde camina.

El periodista sigue diciendo: «Durante el régimen de Franco llegaron a la urbanización del Monte alemanes e italianos. Gente que —según se comentó— había participado en diversas acciones con Mussolini y los otros habían pertenecido de alguna manera al III Reich de Hitler. Por otro lado, con la llegada de la democracia a España, esta urbanización se convirtió paulatinamente en una colonia de ciudadanos ingleses, holandeses, belgas, etcétera. De esta forma, los vecinos mantuvieron una especie de combate particular, donde unos querían tomarse la revancha por haber perdido la II Guerra Mundial y los otros tratan de mantener su "status" de vencedores de la contienda.»

Yo, como he dicho, vivo en esta urbanización, y, ante tantos decires, pienso y repienso y me hago la pregunta orteguiana: ¿Dios mío, qué es España? Y sobre esta pregunta base surgen otras como las siguientes: Dios mío, ¿qué es el mundo? —pensando en todo el revuelo armado en el Golfo Pérsico—. ¿Cómo son los seres humanos? ¿Qué ambiciones les dominan y por qué? Indago un poco sobre el terrible problema expuesto y comprendo perfectamente, no ya a nuestros grandes teólogos y místicos, sino a cualquier ser humano que se detenga a pensar, no sólo en su vida, sino en la vida de los demás y en su afán por conocer qué puede haber más allá de cualquier ser humano. Me gustaría poder huir de este clima de brutalidad, crueldad e injusticia radical en nombre, siempre, de la libertad, y meterme a investigar en las grandes bibliotecas conventuales, o mirar, desde el más humilde rincón, al cielo y a las estrellas.

La invasión de Kuwait por los iraquíes, con razón o sin ella, ha tocado uno de los nervios más sensibles del capitalismo brutal y salvaje que nos invade. Saber que España, nuestra

pobre España, queda enfangada en todo este mundo de traficantes, a la cola de todos los jugadores sobre estos destinos de las gran-

des ambiciones humanas, me plantea más profundos problemas que los anteriores, porque España es mía, la llevo en mi sangre, y quiero saber si todos los pasos europeístas y arabistas que nuestros políticos dan alcanzarán alguna vez un claro destino que esté a la vista de todos. ¿Será válida la lucha de nuestros políticos? ¿Será válida, algún día, esta lucha incipiente? ¿Se convertirán nuestros políticos, y las personas «arribistas» y «amiguistas» que van siempre arrinconados a ellos, en algo positivo que pueda aliviar el mucho dolor que nuestra España lleva encima?

Yo no quiero «reposar» en el Monte salobreño de los Almendros. Quiero desde el Monte saber, pensar. Una lucha interior me devora. Quiero indagar y escribir sobre la España y el mundo que veo, y así lo llevo haciendo durante muchos años. Me preocupan los universitarios en paro, la falta de médicos en los

hospitales y que en una cárcel de mujeres en Barcelona se rebelen por falta de asistencia médica, o que padres drogadictos maten a sus propios hijos, o que catedráticos de Instituto tengan que irse a países árabes a trabajar para sacar su casa adelante y tirar de sus hijos.

¿Qué puede pedirse a los políticos españoles y de todo el mundo llamado «desarrollado», a unos políticos que sólo son simples «compañeros de viaje» de un capitalismo inhumano y destructor? ¿Querrá alguien saber lo que es la justicia, la ley, la bondad y la caridad humanas?

Ahora recuerdo una idea magnífica de Víctor Hugo, que se refleja en su novela «Los miserables». La idea es la siguiente: el policía Javert, luchando siempre en defensa de lo que él cree que es la ley, encuentra la muerte cuando ve palpable que las leyes creadas por los hombres están muy por debajo de la bondad humana. ¿Habrá alguien hoy que pueda comprender a Javert?

Los españoles es muy difícil que veamos nuestras profundas realidades. Hemos nacido así: soñadores. Nuestro más profundo realismo es un saber soñar. ¿Qué sucederá con los jóvenes que han sido enviados al Golfo Pérsico?: callar y seguir soñando. Se quiera o no, hemos nacido para soñar, así se demostró al no ver la realidad del primer Felipe de los Austrias, la guerra colonial de Marruecos, la crisis que nos acarrearía a la época del Desastre y tantas cosas más como los que saben pensar, saben.



J. Martín Recuerda  
Escritor

¿TIENE ALGO QUE VENDER?

Utilice la Sección de Anuncios por Palabras de

ABC



¿QUIERE VENDER SU COCHE?

Utilice las páginas de Anuncios por palabras de

ABC

